

dantes variedades de cereales, flores, frutos y animales de especies desconocidas, tanto como útiles al hombre. Un día, declinando el sol que alumbrara la grandeza del pueblo de Kirabéi, desapareció de Dorien, despidiéndose sin rencores ni quebrantos, la tribu invasora de los indígenas, entonces ya sus hermanos, para volver a los antiguos lares; e Irzuma tornó a ser dueño único de su herencia.

Se aproximaba el día de la fiesta. Faltaba solamente una luna para dar solemne sepultura a los huesos del Cacique Kaurki, cuando Irzuma tuvo el disgusto de saber que no se encontraba Ivdo en Dorien. Había partido de la población sin dirección conocida... ¿Por qué?...

Ordenó que se hicieran averiguaciones del hecho por medio de la anciana Guaré, a la que de vez en cuando solía visitar el artista, y resultó que ni ella ni Zulai se encontraron tampoco en su casa...

¿Qué ocurría? Irzuma se sintió, sin darse claramente razón del por qué, mordido por el áspid de los celos.

Amaba a Zulai, y en silencio habíase trazado el plan que la haría su esposa, en lugar de ser sacrificada en honor de Kaurki. Ahogando su despecho, envió sus servidores en busca de los ausentes y multiplicó los espías; pero el fiel Yurán puso en juego también sus poderes para dar aviso a sus protegidos del peligro inminente en que se hallaban, y avisados a tiempo, volviéronse madre e hija por un lado, en

tanto que Ivdo por el opuesto, del lugar lejano, a donde, aprovechando los cuidados de Irzuma, habían ido en busca de curio para pintar, y con el fin de estudiar, a campo abierto, sus definitivos planes de salvación. De manera que, vueltos todos a sus residencias, y cambiadas reprimendas y excusas, todo pareció quedar en paz, no obstante que en algunos corazones, ardía el fuego de la ira y el despecho.

¡Qué hermosos días los que pasaron nuestros jóvenes amigos en busca de sus tierras de color! ¡Qué sorpresa la de la apasionada Zulai ante la majestad imponente de los volcanes, el desolado aspecto de los páramos, y aun más, al encontrarse ante el lago Kuedí, de tan pocas indias conocido!

Ivdo, en una vieja canoa, se deslizó a través del lago, y por un estrecho canal cavado entre rocas, llegó hasta la gruta en que se encontraban extensas vetas de curio, amarillo a su derecha, rojo a su izquierda, negró a su frente, y luego más allá blanco, de todos los cuales recogió la cantidad necesaria, y volvió a sorprender con ellos a su amada. Antes de separarse de la orilla de Keudí, refirió Ivdo a sus compañeros de viaje el siguiente pasaje que había recogido, hacía ya largo tiempo, de labios de una anciana que vivía en aquellas soledades:

“Aquí pereció una india salvaje, víctima de su vanidad. Era pobre, y no pudiendo contemplar su rostro en planchas de ningún metal bruñido, tomó por costumbre sentarse sobre una rama que avan-

zaba y caía sobre el lago, desde la cual se miraba en las azules ondas. Una mañana se recreaba en la adoración de su imagen, orlada por el marco ostentoso de sus cabellos, cuando el Ircó envióle a uno de sus hijos en forma de fuego: extendió éste sus garras, que hicieron presa en las sedosas hebras flotantes de la cabeza de la india, y tirando de ellas, arrastró a la infeliz hasta el fondo del líquido elemento. Todavía suelen escucharse, a ciertas horas de la noche, los gemidos de la india, que no ha muerto.”

III

UNA noche apacible, en la que los cocuyos centelleaban entre el perfumado follaje, como tratando de rivalizar con la profusa cantidad de luminarias que llenaban los cielos, sentados en el suelo del jardincito de Guaré, en Dorien, Ivdo y Zulai cambiaban sus impresiones. Ella reclinaba su cabeza sobre el robusto pecho de su amado, y corrían de sus ojos lágrimas en abundancia. ¡Era la víspera del temido día!

Rodeaba la acostumbrada cerca de cañizo el jardín, y el imprudente amor y la osada juventud no previeron que, detrás de aquel frágil parapeto y entre el espesor de la enramada, estuviesen algunos oídos atentos y pendientes de sus palabras; pero sí lo estaban: que el vengativo Adaum había logrado hacerse acompañar de Irzuma, para que oyese lo que él ya conocía por propia experiencia y el Cacique se negaba a creer, esto es: la confirmación de los atrevidos amores de la joven viuda de Kaurki y del aventurero desconocido, que tan altos había puesto los ojos. Contemplábanse los extasiados esposos, sosteniendo ternísimo coloquio, trazando sus hermo-

sos planes del porvenir, cuando un ahogado gemido los sacó de su abstracción.

—¿Has oído, Ivdó mío? ¿Por qué he sentido un horror tan espantoso...?—dijo Zulai estrechándose a él ansiosamente.—Parece... , agregó, que el mortal aliento de los genios del mal hubiese tocado en mi pecho.

Ivdó la escuchaba anheloso, en tanto que su oído sutil de indio tomaba nota hasta del más leve susurro. En esto, cuando ya se disponía él a calmar la ansiedad de Zulai, más bella ahora que nunca a sus ojos, añadió ésta con acento de angustia suprema: ¡Sálvame, sálvame, amor mío!

Una carcajada siniestra apagó el eco argentino de la voz de Zulai que, falta de apoyo, cayó en tierra, porque Ivdó, con un salto de pantera, se lanzó al exterior, de donde pronto volvió lleno de tristes presentimientos en busca de ella, a la que procuró tranquilizar.—No había nadie, miedosilla mía—, le dijo: —Hemos sido juguete de malas artes. Los genios burladores que viajan cubiertos por el velo de la noche, quisieron amargar nuestra dicha, y tal vez se gozan maliciosos, viendo correr tus lágrimas que caen una a una en mi corazón. Serénate: levanta tu cabeza atrevida, que resplandece envuelta en la luz de la Zulai de los cielos, que pálida te mira asomándose por entre los lejanos picachos de la montaña, para avisar que yo debo partir.

—¡Así, amor mío! Escúchame bien: Mañana no me verás, porque yo no festejaré los huesos de

Kaurki. Pasado mañana, espérame confiada y nada temas.

Irzuma, cuando se persuadió de su desgracia, viendo burlado su silencioso amor y sus esperanzas risueñas, al pretender rehacerse dando atención al grito de venganza que vibraba y crecía en su pecho, sintió la siniestra carcajada de Adaum, y, mientras se retiraba con él a toda prisa del lugar en que oyó los proyectos de evasión y los tiernos coloquios de la confiada pareja, en una explosión de cólera, imposible de reprimir, le gritó a su perverso compañero, en tanto que cogiéndole por un brazo le sacudía con violencia:

—¡Vete, vete, demonio; no quiero verte más!

Luego, una vez solo, reconcentrado en sí mismo, clavándose las uñas en el pecho, y queriendo fulminar con sus miradas la tierra que pisaba, se decía:

—¡Nadie pudo sospechar mi pasión por Zulai, a la que proyectaba salvar durante la Fiesta de los Huesos, para hacerla mi esposa! Sé que el pueblo, cautivado por la juventud y gracia de la sacrílega, y por la novedad de mis amores, removería esta feroz costumbre en su favor... Sé que no en balde soy su soberano... ¿Y ahora?... pues como antes. Seguiré con mi propósito, y pague su osadía el atrevido aventurero que se cruza en mi camino como serpiente astuta... ¡Ay de ti, Ivdo infeliz! Verás lo que te cuesta el haber mordido en la flor hermosa de mis ensueños.

Llegó la esperada fiesta. Las doce lunas, tan lentas en pasar, tocaban a su término, y Dorien entero vibraba de emoción. Gran holgórico saludó la venida del suspirado día. *Quijongos*, caramillos, silbatos y secos golpes de tamboril, concertados con los agudos y entrecortados gritos de los indios, que terminaban en un ¡ay! largo y triste, formaban una orquesta imponente y singular, a la que hacía coro toda la población. Llenóse la gran plaza de gente de todas clases, vestida de fiesta, puesto que las plumas, los vivos collares, los brazaletes de oro y las flechas, brillaban con fulgores de oleaje a los primeros rayos del sol. Todos los ojos miraban al Palenque, y el tumulto crecía. Hubo luego un intervalo de absoluto silencio, al que le sucedió un tremendo alarido: era que empezaba el desfile. Los chicuelos se abrieron camino entre la abigarrada multitud, y tras ellos, músicos y danzantes, marcando, con aparatosas contracciones y vueltas, los acordes de una sinfonía cadenciosa y triste. Luego, entre un grupo de muchachas, cuyas morenas carnes brillaban, se veían marchando, unidas, a las viudas de Kaurki, destinadas al sacrificio. Seguíanlas los tzugurs, los suquias, los deudos de los caciques, los ancianos del Consejo, el Gran Usékara y el Cacique Irzuma, al que por su orden acompañaba el pérfido Adaum; y por último, tras la masa popular bulliciosa y alegre, se arrastraban los infelices parias, los desheredados, los contrahechos, lisiados y enfermos, que son el triste patrimonio de todos los pueblos.

Fué invadido el bosque por la corriente apasionada, y las auras (zonchiches) levantaban sorprendidas el vuelo al sentir tan desusado ruido en lugar como aquél, donde el silencio guardaba los despojos de la muerte.

Con aire sereno se aproximó el Gran Usékara al árbol sagrado, subióse a un monolito, y ayudado por dos sacerdotes, desató el envoltorio de bijagua y cañas, y trasladó a una tela, preparada ya con alegóricas figuras, representando un hombre mordido por una víbora, los huesos de Kaurki. Luego siguió el desfile, la vuelta al Palenque, en cuyo trayecto se bailaba y cantaba. El día pasó en continua algazara, y la chicha hizo estragos.

Zulai, como viuda de Cacique, sostenía su papel acompañada de Guaré, y vigilada de cerca por Irzuma. La pobre joven se esforzaba por disimular el angustioso estado de su alma, y llena, como su madre, de funestos presentimientos, esperaba la hora de la ansiada liberación. La noche dió tregua a sus dolores y descanso breve a la embriaguez de la multitud.

Amaneció el día en que los restos de Kaurki debían ser depositados en su última morada, en honor de los cuales iban a sacrificarse cinco preciosas vidas, y el astro rey se elevó majestuoso sobre el montón de nacaradas nubes, que rodeaban las crestas de las montañas, tan impasibles como el pueblo infeliz que esperaba, sin conmoverse, que llegase la hora del espantoso sacrificio!

¿Acaso aquella costumbre no se encontraba autorizada por los siglos?

¿No había sido acogida por generaciones de antecesores? ¿Quién, que no quisiera ser aplastado bajo el peso de la infalible ley de los ritos, se atrevía a formular una protesta? ¡Sólo había un Ivdó capaz de hacerlo, y éste era hijo de padres desconocidos! Llegó a Dorien siendo muy niño, se decía huérfano, y algunos años después tuvo que huir del furor de Kaurki. En la plenitud de su vida volvió fuerte, valiente, lleno de ternura, y entregó su corazón a Zulai, por la cual se hallaba dispuesto a pasar sobre ritos, caciques y gobierno; todo preparado, la espera ahora lleno de confianza y osadía, en el bosque vecino. Ella, entre tanto, acecha la ocasión de ocultarse a los ojos de los servidores de Irzuma que la espían. Cuando siente que la angustia la ahoga, un inesperado revuelo, una grito hábilmente preparada por Yurán, promueve el pánico entre la multitud, y Zulai huye hacia el lugar donde la espera su amado compañero, por la vereda indicada; huye con la ligereza que prestan la salud, la esperanza y el amor; prosigue su carrera, y por más que registra con su penetrante mirada el espacio que tiene ante sí, no alcanza a ver los brazos que la deben guiar. Ya los ve, se dirige a ellos como loca, cuando cerca de sí hiende el aire una flecha, y luego oye un grito desgarrador que la paraliza. “¡Zulai, Zulai mía, ven!”... exclama la voz do-

liente. Y ella, va, va, no sabe cómo, y llena de horror encuentra a su esposo bañado en sangre, estremecido por el extor de la agonía. Agudo dardo le atravesaba el pecho. Restaña ella la sangre con sus cabellos y nada consigue; el rojo licor de la vida se escapa entre sus dedos temblorosos, que convulsivos desprenden de su herida la odiosa flecha.

Los ojos del herido se abren anhelantes: contemplan a Zulai con expresión de suprema, amorosa piedad, y luego, Ivdo, con un gesto de inspirado, como promesa de nueva vida, le señala el cielo, y expira.

¡Párecle a Zulai que se abre la tierra bajo sus rodillas! ¡El golpear de su corazón la aturde! ¿Sueña? No; aqueila cabeza amada que ahora pesa tanto y que ella estrecha afanosa, es la de Ivdo; pero él ya no está allí. Se fué; huyó el ingrato lejos, muy lejos, hacia lo alto, dejándola aquí a ella abandonada, solita entre tantos malvados!

A través de sus ardientes lágrimas, repara en el arma homicida; se arroja sobre ella, la contempla delirante de extraño júbilo, coloca el agudo dardo en el lugar en que su corazón golpea más duramente, para hundirlo en él con valerosa mano, cuando se siente enlazada por unos brazos que paralizan su acción y la elevan del suelo. Entonces ve a Irzuma que, rodeado de su escolta, la contempla con orgulloso arrobamiento, frente a frente, y a dos pasos de distancia y en tanto que ella lucha en vano por des-

prenderse de los brazos que la aprisionan, le dice así el Cacique:

—¡Desgraciada Zulai, mira el premio que Irzuma les otorga a los sacrílegos y traidores!

(Señalando a Ivdo).—¿De qué puede valerte ya el altivo y arrogante aventurero? ¿De qué esas lágrimas inútiles?... Vuelve en ti y reflexiona, viuda de Kaurki... ¡La oscuridad de la muerte o lunaciones de dicha, de tu acuerdo dependen! ¡Ya verás el dilema que luego he de ofrecerte!...

La infeliz Zulai, al sentirse ofendida en el objeto de su amor e impotente para defenderse, en un acceso de furor perdió el conocimiento, y en tal estado, envuelta en una manta, es conducida por la escolta de Irzuma, al par que el cadáver de Ivdo, al lugar del suplicio donde ya se notaba la ausencia del Cacique.

Un notable anciano ha estado atento entre el ramaje, observando la terrible escena, lleno de dolorosa ansiedad, y luego se aleja y se pierde en las lejanas líneas del horizonte: es Yurán, que renuncia a sus esperanzas generosas de salvamento, y se destierra.

Volvemos a encontrar a Irzuma ocupando el sitio de honor, sobre una pequeña eminencia que domina el extenso campo de la fiesta, desde cuyo lugar se ve, a poca distancia, hasta el fondo de las tumbas recién abiertas.

Tiene cerca de sí, sentado, al Gran Usékara, y luego, por orden jerárquico, a los tzugurs, los su-

quias, los awas o curanderos y adivinos, a los jefes militares y miembros cercanos de la familia real. Una escolta de guerreros, de pie, a espaldas de Irzuma, oculta con sus cuerpos los de Ivdo y Zulai, la cual, vuelta en sí, se estremecía de indignación viéndose amordazada y sujeta por la manta enrojecida con la sangre de su esposo, y otros hombres de armas mantenían a conveniente distancia al pueblo, que, con visible desagrado, se conformaba con no invadir todo el campo, sintiendo muy estimulada su curiosidad, a causa de las versiones que circulaban y tomaban cuerpo entre sus filas, referentes al origen del pasado tumulto, la desaparición y la vuelta de Irzuma y su escolta, siendo conductora de dos bultos ensangrentados.

Dos filas paralelas de bancos, perpendiculares al grupo del Cacique y su séquito, estaban ocupadas por los doctos narradores de la historia y virtudes de Kaurki. El maestro de ceremonias esperaba las señas de Irzuma para ordenar el principio de la fiesta, y músicos y danzantes ocupaban sus puestos, atentos a la llamada. Un tzugur se ocupaba en atraer el fuego sagrado sobre un seco madero, haciendo girar sobre él un palito, con rapidez y destreza, y otros de sus compañeros espían la ocasión de reemplazarle sin pérdida de momento, cuando las fuerzas de éste se agotaran.

Ya saie humo. La multitud silenciosa oscila como un oleaje viviente; todas las miradas quieren ser las primeras en ver nacer el ardiente rubí, que ha

de convertirse en fogata poderosa. Cargas de "palo cacique", de chirraca, pelotones de inflamable algodón de ceibo y maderas olorosas se amontonan cerca del tronco, madre del fuego.

De improviso, un grito estentóreo anuncia el brote del poderoso elemento, grito que se repite incesantemente durante largo rato por la apasionada multitud.

A poco, donde se apareció la brillante chispa, se levanta una llama serpeante, que solícitos brazos alimentan y acrecen sin cesar. Retumban los tambóres, los caramillos y los quijongos resuenan, y golpes acompasados de conchas de mariscos, de sartas de grandes semillas huecas, y otros extraños instrumentos, hacen coro.

Los danzantes simulan una danza guerrera, por medio de la cual, trazando círculos mágicos, contribuyen a espantar a los genios maléficos.

El cadencioso ritmo de la quejumbrosa orquesta es fielmente seguido por el coro de bailarinas que, con los cascabeles de sus collares y los golpes de sus armas en los escudos, forman el ritornello.

Más lejos, bullen, saltan y corretean hombres, mujeres y niños disfrazados, representando de un modo grotesco a la fauna de la comarca: cuadrúpedos, aves, peces y reptiles.

Circula la chicha. El entusiasmo crece y se hace delirante.

A una imperiosa señal de Irzuma cesa la danza, y a la loca algarabía le sigue el silencio.

El momento solemne se aproxima. El Gran Usé-kara lo ordena, y el vengativo Adaum aparece conduciendo a las viudas de Kaurki, tras de las cuales, todavía amordazada, camina Zulai al lado de Guaré.

A un gesto del maestro de ceremonias adelanta la primera esposa de Kaurki, bella a pesar de sus años, alta, triste, majestuosa, a la cual se dirige Irzuma habiéndole así:

—¡Quetzalia!: hoy es el gran día para ti y las demás esposas del difunto soberano de Dorien, mi antecesor. Vais a encontrarle y servirle en el venturoso país de las sombras, donde tendrán término vuestros pesares. Allí olvidarás las ingratitudes de tus hijos y sus propósitos ambiciosos! ¿Irás voluntariamente y contenta a cumplir tu sagrado deber?

—Sí que iré; Irzuma: —respondió tristemente Quetzalia, y pasó adelante.

—Y vosotras, Guaraina, Huatla, Yamí, ¿queréis también cumplir con los sagrados ritos? ¿Tenéis algo que pedirme antes de marchar al lado de Kaurki?

—Sí queremos cumplir nuestro deber, respondieron a coro.

—Yo, agregó Guaraina, nada te pido sino protección en favor de mis hijos: tanto de aquellos que aprendieron a labrar la tierra, a cumplir sus deberes haciéndome la vida grata, como respecto de los que la amargaron, porque bebieron en el río rojo y me olvidaron.

Siguiólas Huatla diciendo:

—Irzuma: Hay en Dorien un tesoro, allá en el escarpado monte de Doró, y lo guarda un hijo mío, hijo de mi verdadero esposo, no del Cacique que sacrificó mi vida, y yo te ruego que no olvides ese tesoro.

Yamí avanzó, y en tono suplicante dijo así: —¡Oh generoso y noble Irzuma!, yo nada quiero para mí; pero imploro tu piedad en favor de Zulai, mi hermana. Librala de sus ligaduras y mordaza, para que exprese su voluntad como nosotras, y permíteme enjugar sus lágrimas.

—Hazlo así, tierna y graciosa Yamí, respondió el Cacique.

Yamí acudió presurosa a desligar y consolar a Zulai, la cual se irguió terrible, amenazante y bella, produciendo un murmullo de cariño y admiración en el pueblo, al cual se dirigió Irzuma, poniéndose de pie, y con voz persuasiva, aunque afectada por la emoción, le habló como sigue:

—He tenido a Zulai amordazada para que no hable antes de conocer mis generosas intenciones acerca de ella, librándola así de las malas artes del infame que pretendió robarla. Ese ladrón era Ivdo, el aventurero desconocido que pagó con su vida su atrevimiento. Zulai, leal a su rey, lo delató, aunque, mal aconsejada, quiso salvarle la existencia y hacerle escapar a mi justo enojo. (Zulai, atónita, creyendo no haber comprendido, se oprimía las sienes con ambas manos, presa del estupor.)

Ahora—prosiguió Irzuma,—castigado el criminal, me corresponde premiar la conducta de la esposa de Kaurki. Este no fué su dueño; la bocaracá lo mató antes de la noche de sus bodas... Por todas estas consideraciones, ¡oh pueblo!, por su juventud y su hermosura, considero a Zulai digna de tu gracia: perdonémosle la vida. El Gran Usékara lo permite también.

—¡Sí, que viva, que viva la linda Zulai, que viva!!!—gritó subyugada la multitud. Zulai, entre tanto, se estremecía, desnuda de su manta, ante las ansiosas miradas del pueblo, que tan lejos estaba de comprender el tormento que agitaba su alma.

Ya lo oyes, Zulai querida: todos lo quieren y yo te concedo la vida pero serás mi mujer, mi mujer predilecta y única.

Zulai, por virtud de una reacción inesperada, se sobrepuso y dijo:—Irzumà, antes de todo concédeme un favor. Da en mi tumba sepultura a Ivdo, y permíteme que en ella deposite una humilde ofrenda.

El Cacique, densamente pálido, replica:—¡Zulai ingrata! ¿y si no accedo a tu demanda?

—Entonces, ordena mi muerte.

Enterrad el cadáver de Ivdo: ordenó el Cacique a sus servidores.—Y depositado que fué el cuerpo en la fosa, añadió Irzuma:

—¿Y ese recuerdo? ¿esa humilde ofrenda?—mirando rencorosa y apasionadamente a Zulai.

Ésta se adelantó, y rasgándose la piel del mórvido seno con una de las garras de león que pendían de sus collares, empapó en sangre el índice de su derecha, y cogiendo una pequeña copa de barro que figuraba entre las donaciones destinadas a Kaurqui, trazó en ella una ancha cruz, se acercó al borde de la fosa de su amado y dijo: Ten, esposo mío, el sello de nuestra unión eterna; ese sello que llevas contigo y que tú me enseñaste a admirar, trazado con el jugo ardiente de mi vida, la cual pronto irá hacia ti.

Y volviéndose imponente y altiva a Irzuma, gritó:—¡Rehuso la vida que me concedes, falso y cruel Cacique, y te desprecio!

Irzuma, perdida la dignidad, abandona su puesto y avanza hacia Zulai, la cual retrocede al lugar en que zumba la enorme hoguera sagrada. Adaum, ardiendo en ira, se acerca a Zulai, y cuando va a prenderla, es repelido por ella con tal violencia que rueda por tierra.

Un grito de horror, lanzado por el Gran Usékara, lleva el espanto a todos los pechos. ¡Sacrilégio! ¡sacrilégio! es la voz que por todas partes se escucha, y brazos y armas amenazan furiosos a Zulai; ésta, que ansiosamente busca a su fiel Yurán y no lo encuentra por parte alguna, recibe un golpe en la cabeza, tropieza, y aturdida con los ardientes tizones que tiene tras de sí, y extendidos los brazos, cae de

espaldas, indefensa, en la hoguera que la envuelve avara entre sus ardientes espirales, ante las que se detiene la embrutecida muchedumbre. Sólo Irzuma, como la estatua viviente del remordimiento y del dolor, permanece consternado ante el amenazante remolino de llamas que devora el cuerpo de su víctima, llorando como un niño, hasta que de allí le arrancan piadosamente sus amigos y servidores.

Pasado el asombro, prosigue y se consuma el tradicional rito, y todo vuelve a su habitual modo de ser.

Sigue el pueblo bebiendo hasta perder la noción del tiempo, y se acerca la noche y con ella la confusión y el desorden, de tal manera que nadie sabe de sí.

Al día siguiente todo había cambiado: Irzuma, enervado por el dolor y el despecho, dejó invadir su territorio por la tribu vecina sin ponerle resistencia, y Dorien trocó su Jefe por otro cuya insignia era un águila, ave de alto vuelo, pero que ocultaba entre sus plumas, rubias encendidas, las garras de ave de rapiña.

* * *

Un año y meses han transcurrido desde que, de manera tan particular, escribí esta narración india, sin pensar jamás en publicarla; pero habiéndoseme invitado a hacerlo, accedí como un escolar lo haría, temerosa de que la expresión de las ideas no corres-

pondiera a la importancia del argumento, teniendo en cuenta mi falta de competencia literaria.

Tampoco pensé en agregarle epílogo alguno; pero ahora me veo obligada a hacerlo para sentar algunas conclusiones alegóricas, íntimamente relacionadas con "Zulai", y las cuales, como lógica consecuencia de aquellos pasados sucesos, han sido sugeridas a mi mente de tan extraña manera.

Un sueño, cuya vividez conservo intacta, me dió la clave del enigma:

Hállábame en la cima de un peñascoso monte, rodeada de espesura y casi bloqueada por altas murallas, cuando percibí que se me acercaba un anciano de noble apariencia. Su cabello plateado daba realce a un semblante atractivo y dulce, y su diáfano cuerpo despedía una luz tenue, la cual se difundía a su alrededor.

—¿Cómo vas a pasar, si no hay ya camino?—le pregunté.

—Sígueme, que yo lo descubriré para ti.

Esto dijo, y marchó delante, abriéndose paso por entre el bosque. Al simple roce de su cuerpo, desmoronábase la tierra y rodaban al abismo piedras enormes y troncos añosos, dejando en claro un espacioso sendero, por el cual yo le seguía muda, extasiada, con aquella sorpresa del que percibe por vez primera lo que considera sobrenatural. De vez en cuando mi extraño guía volvía hacia mí su cabeza, y llevándose la mano a los labios en señal de silencio me decía:

—Ora y espera: aun no verás nada.

¿Cuánto tiempo duró esta excursión? No sabría precisar. Sólo sé que seguí en sueños descendiendo el monte paso a paso, tras el misterioso anciano, hasta llegar a las playas de un extenso lago, donde mi guía me dijo lo siguiente:

—Estás al borde del espejo verídico del tiempo, y en él verás maravillas; pero escucha antes la voz de los siglos:

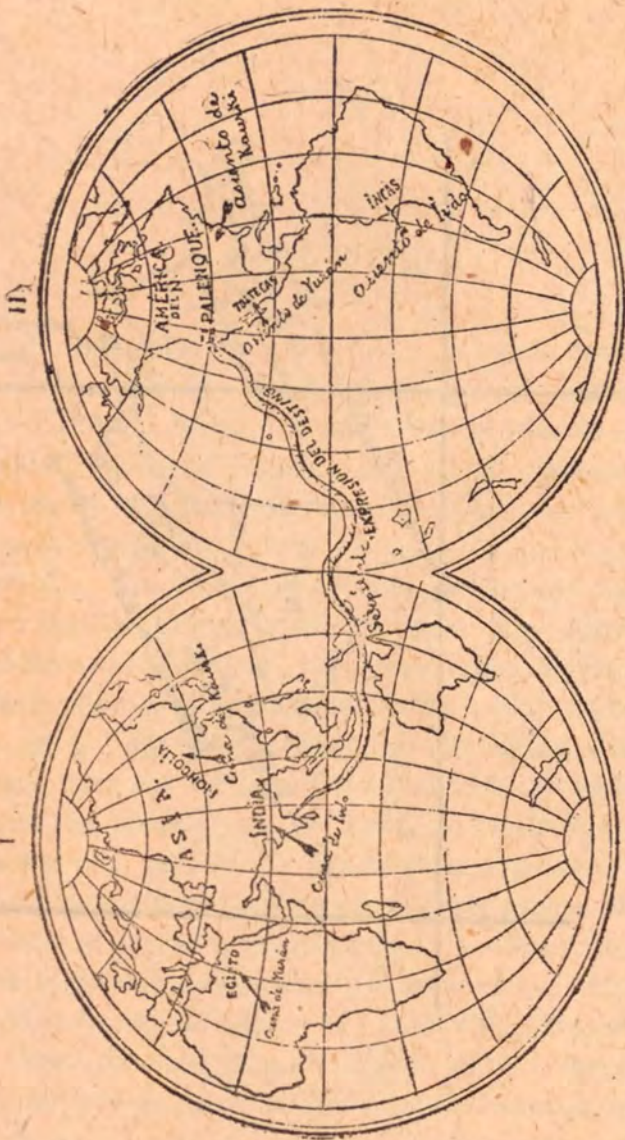
“Zulai no fué una personalidad, ni la representación, como tú crees, de un pequeño territorio de indígepas, en el cual se sacrificaron sus mejores súbditos a la dura imposición de ritos crueles y de jefes ignorantes. No; en la esencia de esa sencilla narración, verás bosquejados vagamente y a grandes rasgos, jirones de prehistoria, historia antigua, contemporánea y tal vez moderna de América. La lucha de sus personajes revela lucha de razas, y aplicando el tiempo a la historia, cada hora transcurrida en “Zulai” es un año, cada mes un siglo, y así sucesivamente en ese infinito de las edades. Cada sitio es un país, cada objeto un simbolo, cada persona una raza, una tribu, o un sentimiento o un vicio relacionado a ella. ¡Asómate! Yo rasgaré el velo para que tus ojos vean; alumbraré tu mente y entenderás, aprendiendo sabias lecciones.”

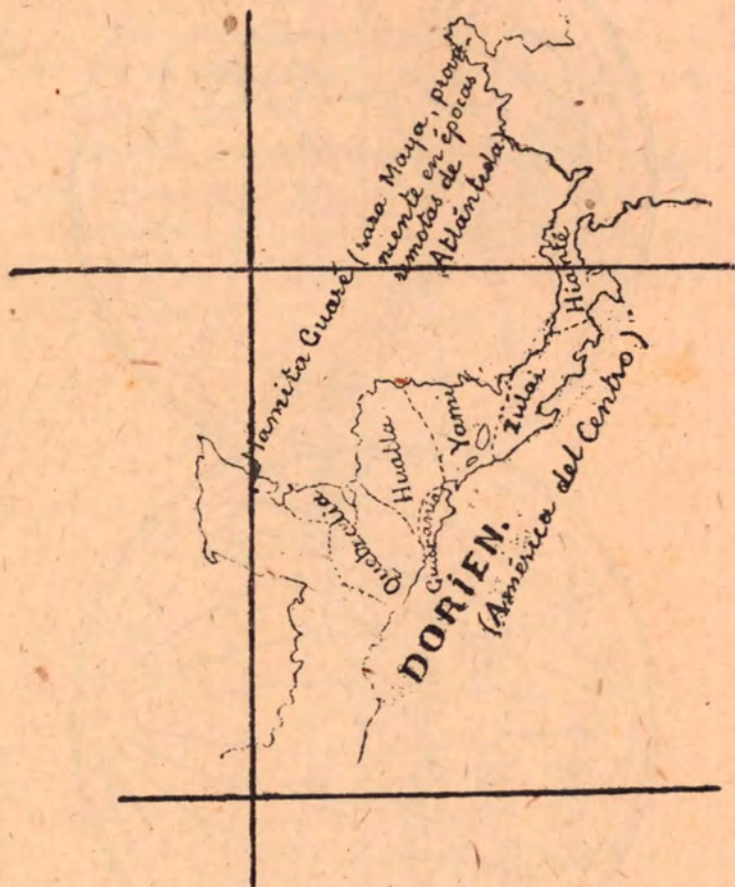
Entonces, tomándome de la mano, me condujo a la orilla del lago, y haciéndome contemplar su fondo

a través de las aguas cristalinas, vi en él tres mapas, perfectamente dibujados, de los cuales doy la copia adjunta.

Muy asombrada quedé, e iba a hacer a mi guía una serie de preguntas, cuando noté que había desaparecido...

Desvanecido este raro sueño, desperté sobresaltada, pero conservando recuerdo hasta del último de sus detalles. Copié después, a vuela pluma, los mapas y principales cuadros, y basada en ellos desarrollé el epílogo.





EPILOGO

HACE muchos miles de años... Cuando casi habían cesado en conjunto los terribles cataclismos cósmicos, de que nos hablan con pruebas la Historia, la Geología, Paleontología, etc... Cuando ya los mares separaban las tierras, ocupando en ambos hemisferios, más o menos, la posición que hoy día tienen... Cuando ya en el fondo del Océano sepultada dormía Atlántida, ese continente para algunos imaginario y fabuloso, pero para quien investigue imparcialmente, una realidad incontestable... Cuando, en fin, la América (mal llamada Nuevo Continente, pues por sus grandiosos monumentos es hermana del Egipto y de la India, así como por sus fósiles, etc., pariente de los más antiguos terrenos geológicos de nuestro planeta), como lo prueba Minnesota, en donde se ha encontrado por hombres de ciencia el famoso esqueleto fósil humano que data de hace ya veinte mil años, y se exhibe en un museo de St. Paul, desolada después de semejantes conmociones terráqueas, ansiaba nueva savia humana para reconstruir la casi extinta raza de sus costas, o mejorar la condición de la del interior; autóctona, sal-

vaje como sus selvas enmarañadas y sus praderas sin fin... , vino a ella un grupo de emigrantes procedentes de la India, sus costas y vecindades, entró a vigorizar la aniquilada América, y dejó en ella huellas imperecederas, las que aún hoy día, después de miles de años, podemos encontrar, pidiéndole auxilio, no sólo a la antropología, arqueología, filología, etc., etc., sino a la eterna Verdad, siempre dispuesta a derramar su luz sobre aquellos que la buscan por amor a ella misma, y sin egoísmo de ningún género.

¿Por dónde vino la nueva raza?

La teoría sentada por algunos historiadores de que, pasando el estrecho de Behring, entraron los del hemisferio oriental, es a mi parecer de lo más aceptable, y hay antecedentes que la confirman. Esas tierras, entonces no glaciales, como fundadamente alegaban dichos historiadores, se prestaron para ser recorridas por los indios, pueblos resueltos, costaneros, navegantes, diestros en industrias y comercio, de índole pacífica. Vinieron buscando nuevos horizontes, impulsados por su carácter investigador, y obligados por sus enemigos que de continuo los invadían; y en vez de tomar por el interior de las tierras, bajaron por las costas para seguir las mismas costumbres de su patria, viviendo a la orilla del mar. Larga y difícil peregrinación deben haber emprendido a través del litoral occidental americano, tardando muchos siglos para recorrerlo, pero dejando tras sí una estela bien marcada. Y hoy día, si estu-

diamos un poco el origen de estas razas indígenas precolombinas, desde la costa de Alaska hasta la del Perú y Brasil, descubrimos con facilidad rasgos genealógicos, ritos religiosos, raíces filológicas, y caracteres simbólicos que vienen en apoyo de esta hipótesis.

Tras esta raza india, natural es suponer que sus enemigos, los tártaros y mongoles, que tanto la perseguían allá en su patria, vinieran en su busca, (como efectivamente lo hicieron); y esos pueblos nómadas, intrépidos, acostumbrados a la invasión y a la conquista, salieron del centro del Asia, cuna de la humanidad, resueltos a alcanzarla. Pero no pudieron llevar a cabo su intento, y antes bien la perdieron de vista, por una razón lógica y natural: aunque pasaron a América por el mismo estrecho de Behring, o por otra ruta después de los indios, penetraron en las regiones salvajes del Norte, internándose en sus selvas y llanuras, propias para su modo de vivir, semejante quizás al de su suelo, y adaptables al medio de existencia que allá en el Asia disfrutaban, apartándose así de la ruta que tomaron los indios.

Transcurren los siglos... Ambas razas van tomando cuerpo en América. La una (india) por el litoral occidental, explora, vive, y va reproduciéndose, casi sola; la otra (llamémosla mongola), conquista, y, como más intrépida, predomina, subyuga a las tribus salvajes autóctonas, y atraviesa el Norte hasta llegar a las inmediaciones de México, donde la detiene una fuerte potencia: el imperio antiqúisi-

mo de los toltecas. Pero su intrepidez hace que extiendan su influencia y hábitos por otro lado, invadiendo el Atlántico, hasta llegar a ciertos lugares del Caribe. Y aquí, en Centro América, por la estructura física de país tan limitado, es lógico que encuentre la raza descendiente de los mongoles a su perseguido enemigo de siglos, el descendiente de la raza inda, a quien en vano buscó al llegar al nuevo país de América; y cabe despejar la primera incógnita: Ivdo, en su niñez, simboliza al descendiente de la raza inda; Kaurki, el cruel Cacique, al de la raza mongola, y su odio por el joven huérfano, hijo de padres extraños, se explica ya: es odio de raza.

Dorien es la América del Centro, en donde Ivdo (raza descendiente de la Inda) pasa días (siglos) muy felices en el rancho (territorio) de Mamita Guaré (raza maya), madre de Zulai (alma indígena de la raza perteneciente al hoy territorio de Costa Rica), que lo protegió, le tuvo cariño y lo alimentó, (amalgama homogénea entre ambas razas); pero cuando Ivdo sembró sus campos (estableció sus costumbres, religión, etc.) y ya iba a recoger la magnífica cosecha (sanos resultados, en nuevas generaciones, del dominio de su raza), Kaurki, envidioso, quema sus campos (invade, destruye o corrompe) obligándole a huir. Abandona Dorien (Centro América) apenas adolescente, y comienza a recorrer tierras, solo, luchando con pumas (fuerzas potentes de la naturaleza), tigres (pasiones), hombres salvajes, y vuelve, ya hecho hombre, buscando a Mamita



Guaré y Zulai, con quienes le unen gratitud y afinidad. Trae *oro* (conocimientos adquiridos a fuerza de experiencia y lucha), que él mismo ha cateado allá en *lejanas regiones* (el Perú, emporio de antigua civilización inca, en cuyas ruinas arquitectónicas, como las de Tahuanuco el Viejo, etc., etc., se distingue el sello especial de la India Oriental, y a donde llegó Ivdo y se amalgamó con las tribus autóctonas, absorbiendo algunos de sus hábitos e infiltrando otros propios de su raza, semejanza entre la trinidad religiosa Inca y la Inda.)

Cuando de regreso vuelve a aparecer Ivdo en Dorien, le reconocemos en su encuentro con Zulai, allá en la oculta fuente, iluminado por un rayo de luna y con un grupo de ciervos a su lado, coincidencia ésta que recuerda aquella costumbre que caracterizaba Tahuatinsuya, siempre custodiado por un rebaño de *llamas*.

Agua pura y cristalina apaga la sed de los jóvenes, quienes beben en la misma buena fuente, es decir: reciben conocimientos de buenos maestros, y los mismos sentimientos los dominan, uniéndolos estrechamente en amor puro (perfecta comprensión), que se nos da a conocer en el vado del río Tapiri, cuando Ivdo, llevando a Zulai en sus brazos (apoyo decidido), atraviesa la turbulenta corriente (contradicción de ideas y costumbres que desafía), sin ser por ella arrastrado, y halla su premio en la vehementemente confesión de amor que le hace la ingenua

Zulai, reconociendo su debilidad, y admirando la fuerza de Ivdo, varonil y potente.

La madre, en busca de la cual va Zulai, esa Mamita Guaré, abnegada, trabajadora, querida de todos y curandera, cuyo jardín era una maravilla en secretos medicinales, simboliza la raza maya, origen de algunas tribus centroamericanas, que en épocas antiquísima debe haber provenido de Atlántida. Según documentos de Archivos de Indias Occidentales y otros libros, como el Popol Vuh, es esa raza tan antigua que se pierde en las remotas edades prehistóricas.

¿Y qué épocas de quebranto deben haber afligido a dicha raza (Mamita Guaré), cuando el cruel Kaurki (raza del Norte) la sume en el misterioso bucurú? (soborno, invasión.)

¿Y qué pacto haría Zulai (alma indígena de la tribu del hoy territorio de Costa Rica) para librar de tal dominación a su madre?... Sólo sabemos que recibe consuelo de Yurán, y luego consejos de Ivdo.

Y esté fiel sacerdote, protector de ambos, y quien más tarde los une secretamente; este amigo de los padres de Zulai, versado en el simbolismo religioso, con hebras plateadas que salpican su negro cabello..., no es otro sino el descendiente del Viejo Egipto, que muchos siglos antes había llegado a América, sin duda por Atlántida, esparciendo sus ritos, costumbres e idioma entre las tribus que le daban fácil acceso, siendo la principal la raza maya

(madre de Zulai), *la cual aun conserva trece letras de su alfabeto, que se relacionan con signos jeroglíficos de Egipto, correspondientes a las mismas letras.* (1)

Formó su hogar en las regiones de México, apropiadas a su medio ambiente, muchos siglos antes de que llegara la raza mongola (Kaurki) y edificara su palenque de siete estancias (región de los hoy Estados Unidos de América.)

México no desmiente su origen, aunque haya tenido otras influencias que le rodeen: la arquitectura, los jeroglíficos y bajo relieves de sus antiguas ruinas, como las de Palenke, Chichen-Itza, Teotihuacan, etc., que son la admiración del mundo, prueban con evidencia su tipo egipcio pronunciado, y la analogía de sus pirámides nos transporta al país de los antiguos Faraones.

Los mechones plateados del cabello de Yurán, se me figuran aquellos picachos de nieve que blanquean el Popocatepetl y su jerarquía de sacerdote, la alegoría de aquella magna civilización que los antiguos toltecas llegaron a adquirir, derramándola por doquiera, y consagrándose al sacrificio para imponerla.

Cuando Zulai va ya a sacrificar su amor por la vida de su madre, ofreciendo su pura existencia a la del vil Cacique (pacto incompatible), éste muere la noche de sus bodas, por la picadura de una boca-

(1) A. P. Sinnet «Historia de los Atlantes». Pág. 9.

racá, y esta serpiente es aquí la viva manifestación de la ley evolutiva del destino, oponiéndose a los bajos propósitos de Kaurki (la raza mongola del Norte), librando así a Zulai de ser arrastrada por corrientes del mal, que no convenían a una naturaleza tan pura.

Los meses de dicha completa que pasan unidos Zulai e Ivdo, corresponden a una época de verdadero florecimiento de las razas indígenas americanas, en que están enlazados por la civilización todos los pueblos principales, desde México hasta Perú y Brasil. Irzuma (sucesor de Kaurki) no los mortifica, y más bien dice ser su amigo, y ofrece a Ivdo un puesto que él rehusa.

La cruz tatuada en el pectoral derecho de Ivdo, es el símbolo de la vida eterna, sobre el plano de lo manifestado y señala de manera característica a Ivdo y su raza; el idolo que él forma, recogiendo arenas de oro en un arroyo de Dorien, es la representación de algún jefe puesto por él, formado de experiencia y conocimientos, y sacado de la mejor tribu de América del Centro, y al cual Irzuma mira con envidia, que degenera en odio por Ivdo.

La invasión de la Reina Kirabéi, de antiguo anunciada por la tradición popular, es el arribo de la raza ibérica al suelo americano, acontecimiento trascendental del siglo xv, que hizo cambiar la faz de América, trayendo más amplios medios de existencia, nueva luz con la sublime idea cristiana—promesa de vida eterna por el

dominio de nuestra naturaleza inferior—y con ello, el término de los sacrificios humanos, del canibalismo y de las supersticiones populares. Es cierto que esa luz fué difundida con violencia, y a veces con crueldad, como también que el apego al oro empañó las nobles cualidades de la raza ibérica; pero, ¿dónde se efectuó sin dolor el adelanto?

Después de la llegada de Kirabéi (España) a Dorien (Centro América), Zulai, Ivdo y Mamita Guaré desaparecen de allí sin dejar dirección conocida (época en México y Centro América de decaimiento de las razas indígenas). Buscan en los volcanes, páramos y lago Kuedí sus *tierras de color* (tribus amigas que los conforten contra el conquistador). La leyenda que narra Ivdo es la alegoría del hundimiento de Atlántida, esculpida en piedra en diferentes monumentos antiquísimos, uno de los cuales, la pirámide de Xochicalco (México), la Cruz de Palemke y muchas vasijas simbolizan tal acontecimiento.

Cuando regresan a Dorien y todo parece estar en paz, representan ya la raza indo-hispánica, independiente.

Esas mujeres que van a acompañar los despojos de su señor en el fondo de una fría tumba, donde piedra y tierra ahogarán su último aliento; esas infelices viudas de Cacique, bellas todavía, a pesar de los sufrimientos, llenas de dones, madres amorosas, cuyos hijos, unos han sido su bendición, mas otros sus verdugos, cegados por

la ambición como los de Quetzalia, o que bebieron en el río rojo, como los de Guaraina, etc.; esas mujeres, dignas de mejor suerte, se adivina muy bien que son el alma de nuestras repúblicas hermanas, que, ulceradas con el aliento opresivo y sanguinario de Kaurki, están resignadas a morir, o vencer.

El tesoro a que hace referencia Huatla (Honduras), y que pide no sea olvidado... es para recordar las maravillas de las ruinas de Copántl, antiguo asiento de una tribu muy civilizada, la raza maya, hija de México (su verdadero esposo), como lo prueban bajo relieves, esculturas, arquitectura, estelas y altares que recuerdan a Egipto, Asiria y en general al Lejano Oriente.

Un personaje desagradable y repulsivo, no lo hemos simbolizado aún: es Adaum. La viva representación de la ignorancia, del egoísmo y de las tinieblas. Odia a Zulai, jura vengarse, y después de acusarla de sacrilega, de espiarla, logra al fin su bajo intento matando vilmente a Ivdo; pero el carácter levantado de la india no decae. Haciendo un supremo esfuerzo consigue los favores que pide; luego hace pública su confesión, y antes de caer, arrastra por el suelo a su cruel enemigo...; después pierde el equilibrio... , la reciben las voraces llamas, y Zulai se consume...

¿Será posible que esta profecía se cumpla?...

A mi modo de ver, este final, en apariencia trágico, del sencillo episodio indígena, aplicado al epílogo en su sentido figurado, y como continua-

ción de los jirones de reseña histórica que a grandes rasgos he esbozado, encierra una alegoría llena de halagadoras promesas para todos los que se preocupan por el progreso espiritual y cultural de la Patria Centroamericana. Ella no será enterrada viva, por materialismo, superstición o fanatismo (ritos crueles); no sucumbirá bajo la dominación de la ignorancia (Adaum), y no será posesión del egoísmo (Irzuma), sino que será salvada por la ley evolutiva del destino, que la abrasará en el fuego de la espiritualidad verdadera, apartándola del oscuro ayer.

La luz de la Sabiduría, que ha siglos pugna por penetrar los antros de nuestra naturaleza interna, ilumina hoy las conciencias, y con suaves tintes de alborada, aparece en el amplio horizonte de América, preparado ya por nuestra segunda madre España, cuando, a raíz de su descubrimiento, abolió los sacrificios humanos, roció el alma indígena con la intuición de vida eterna, encerrada en la sublime idea del Cristianismo.

¡No interrumpamos este amanecer deseado! Elevemos una plegaria al Creador, para que nos prepare a recibir la luz del día, y esperemos con fe.

Y si el Sol reverberare, dorando antes los altos picachos que los oscuros yalles, no nos desalentemos..., que la luz inunda primero al que está más elevado, para diseminarse luego sobre todo el orbe. *Medita y espera*: así debe ser.

